Enrique Bienzobas

Máquinas y cotorras

Una mañana cualquiera. –¿Hoy..., ayer..., pasado? ¡Qué más da!–, al salir de casa me disponía a cruzar un paso de peatones, de esos cuyas luces les hacen tan simpáticos y entrañables, esos que una alcaldesa con empatía, algo que les faltaba a otros políticos, instaló en muchos de ellos, haciendo brillar algo más a este Madrid tan oscuro e inhóspito.
Frente a mí, una pareja agarrada de la mano, parpadeaba en verde. Miro a un lado y a otro esperando ver a alguien con el que cruzar agarrados igualmente. No pudo ser. La pareja cambió a rojo. No sé si dudé en cruzar corriendo o me quedé paralizado. Una gran explosión, un ruido atroz nos agarrotó a los que allí estábamos, como si hubiera empezado la Tercera Guerra Mundial Atómica. Dos monstruosos aparatos montados por sendos bárbaros que, por lo que se pudo ver tras sus cascos, babeaban acelerando sus máquinas al unísono, dejando a los paseantes, a los peatones, con el alma en vilo, mirando asustados si eran motos o instrumentos conducidos por dos sicarios de Lucifer. Esos ángeles negros y sus máquinas del Diablo, salieron disparados dejando tras ellos un ruido escandaloso que tardó en desparecer más tiempo del que las figuras, que si hubieran podido se habrían abrazado, volvieron a verdes. Ya no busqué manos amigas, me temblaban las mías, como le temblaba la barbilla a una pobre mujer que esperaba también cruzar ese río navegado por bestias.
Aquella mañana –¿Hoy..., ayer..., pasado? ¡Qué más da!–, no tenía claro hacia dónde dirigirme, solo deseaba pasear. Pero después del horror, con el espíritu inquieto, agitado... Desasosegado busqué el silencio tranquilo de un parque. Y aunque allí no reinaba el más absoluto de los silencios, la barrera de fresnos, pinos, plátanos de sombra, castaños y adelfas, solo permitía convertir el ruido de la ciudad en rumor apagado, eso sí, la tranquilidad era mayor. Pronto llegó a mis oídos otro susurro. Las cotorras argentinas, con sus vocecitas, sus saltos de rama en rama, su tranquila inquietud, su colorido alegre, sus bailes en el aire y en la tierra, y en las ramas. A veces sus conversaciones se hacían muy chillonas, pero no inquietantes. Estos angelitos verdes me devolvieron el sosiego que los bárbaros me habían arrebatado. Y me senté en un banco a meditar sobre ángeles, aves e instintos asesinos.
Y entonces recordé que no hace muchas semanas, leí un artículo en un periódico que hablaba de cómo la empresa municipal encargada en Madrid de las aves exóticas habían disparado contra las cotorras argentinas en el parque madrileño de Fuente del Berro. Y recordé otro artículo que unos meses antes, ya nos advertía de lo que podía ocurrir: "Madrid quiere exterminar a sus cotorras", y ha ocurrido. Sentado en el banco del parque, después de limpiar de tierra el asiento, pues ahora ha dado a la gente por sentarse encima del respaldo y poner los calzados –donde guardan sus cerebros junto a los pies– en lugar donde deberían estar sus posaderas. Desde allí podía apreciar el baile alegre de las cotorras argentinas. Y su alegría me llevó a situar a esos indefensos animales frente a unas máquinas devastadoras.

¿Por qué, me preguntaba, alguna gente protesta pues les molesta, dicen, la charla de las cotorras argentinas y nada dice de los gruñidos de las máquinas?

El alcalde de Madrid puede no haber pensado, o tal vez no ha tenido tiempo de hacerlo –me gusta creer que los mandatarios elegidos en el cargo para satisfacer las necesidades de los ciudadanos piensan por ellos mismos, no a través de imposiciones partidistas–, que la máquina fue alabada por Marinetti: "Nosotros afirmamos que la magnificencia del mundo se ha enriquecido con una nueva belleza, la belleza de la velocidad", decía en el *Manifiesto futurista* y, concluía con una barbaridad tan mayúscula, que cada vez que uno la recuerda no le queda más remedio que mirar el presente. Venía a afirmar esta barbaridad "...un automóvil rugiente, que parece recorrer sobre la ráfaga, es más bello que la Victoria de Samotracia". Tal vez el alcalde de Madrid sí que haya leído –me gusta creer que los mandatarios elegidos para satisfacer las necesidades de los ciudadanos, leen aquello que deciden ellos mismos, sin imposiciones–, a D'Annuzio cuando hablaba de que, además de la necesidad de la guerra, no se puede renunciar a la pasión, pues sería "desgarrar con las uñas una parte del corazón".

Sí. La velocidad nos lleva a creer que las dimensiones de la Tierra se han reducido, que podemos viajar en máquinas "rugientes" a velocidades de vértigo, que podemos visitar cualquier lugar del mundo. Pero ¿qué significa eso? Que no viajamos, es decir, no sentimos, solo vemos. Es tan rápido el viaje que, si no fuera por las fotos de los móviles, aquellas que enseñamos a las amistades para presumir del viaje, confundiríamos lugares con monumentos por no hablar de personas, de sentimientos, de creencias, de tantas formas de vida cotidianas. Fue tan veloz el viaje que ya nos parece agua pasada. Y, pensándolo bien, señor Marinetti, ¿para qué queremos la velocidad, los coches rugientes, si cuando vamos al trabajo el atasco no nos permite ir deprisa? ¡Qué ironía la de la velocidad! La misma ironía que otras aves, estas acrónimo, cuya implantación amén de gigantescas inversiones y devastaciones de terrenos, les hace olvidar las necesidades de los habitantes de territorios interiores y los expulsa hacia otros lugares.

Tal vez el alcalde de Madrid, que envió a los trabajadores de parques a matar cotorras argentinas, no se ha dado cuenta –me gusta creer que las autoridades públicas elegidas por *todos* los ciudadanos se dan cuenta de lo que hacen de cara a *todos* los ciudadanos– de que Marinetti, junto con D'Annunzio, pusieron la simiente que hizo germinar Mussolini. ¿No se acuerda el alcalde de Madrid que Mussolini –me gusta creer que los alcaldes tienen memoria histórica–, con su pasión por gobernar el mundo sin que el mundo pudiera dar su aprobación, mandó a sus aviones y a sus máquinas futuristas, y a sus soldados, y a su odio..., en ayuda de un grupo de militares que se sublevó en España contra un gobierno elegido democráticamente?

Y de repente me representé al alcalde de Madrid subido a una máquina, cual ángel negro, armado de un fusil de asalto pegando tiros a diestro y siniestro. Y vi a cotorras huyendo desesperadas cual fila de refugiados atravesando los Pirineos, o como las largas filas de los que huyen hoy de guerras, persecuciones, miserias... Y vi, en la tranquilidad del parque, con las cotorras argentinas haciendo sus cabriolas y sus bailes alegres, que cantaban, y charlaban, y cotorreaban..., vi lágrimas en sus ojos, lloraban por sus seres asesinados en el parque de la Fuente del Berro. Claro, que eso solo era una imagen creada en la fantasía. ¿O no?

Entonces recordé a aquella alcaldesa, cercana a la poesía y a la libertad de todos, no de un grupo privilegiado –me gusta creer que los mandatarios, cuando hablan de libertad se refieren a todos los grupos sociales, no a unos pocos con posibilidades de *poder* ser libres–, hizo escribir en el asfalto, a los pies de los peatones, versos de

canciones tan hermosos como "Lo mejor no ha pasado, está por venir, está pasando" (¡lástima que el futuro durara tan poco!), "Fuimos a hacer el amor y parece que volvimos de la guerra", "No sé si estoy en lo cierto, lo cierto es que estoy aquí", "Te comería a versos"... ¡Qué hermosas leyendas nos hacían soñar mientras esperábamos para cruzar! Un día, esperando en un semáforo, ese era de una mujer sola no de un hombre solo, se pusiera en verde, a mi lado había un señor que le decía a su señora, "no se qué tonterías son estas cosas escritas en la carretera (sic)". Le comenté que se trataba de letras de canciones, de versos, de poesía, algo para hacer la vida más agradable. No lo entendió. "Pues que se dejen de poesía y hagan cosas por los ciudadanos". No quise contestar porque ese representante de la *veloz pasión* sin razón, era un ejemplar de todos aquellos que nos trajeron otro futuro sin poesía, sin arte, con velocidad y rugidos. Y recordé unas palabras de Pedro Salinas, cuando en el exilio veía un futuro poco prometedor: "¡Y qué comentarios, los de alguna gente! Demuestran que la historia estaba a punto para que la bomba naciera, que es la descomunal forma simbólica de la brutalidad y la estupidez del hombre del automóvil, de la radio, etc., del hombre del progreso […]. Ahora ya vivimos bajo una amenaza vaga, difusa, superior a todos los temores de antes" (1). ¡Ah si Salinas oyera ahora comentarios semejantes, y viera la mentira convertida en "ideología" política...!

Y es que nadie apuesta en este país por una educación solidaria, en la que la creatividad, la libertad... –donde *solidaridad*, *creatividad, libertad*... no sean palabras vacías que solo sirven para colgar de muros publicitarios–, esté blindada para que ningún partido de turno quiera imponer sus deseos. Una enseñanza donde la poesía y la filosofía estén en igualdad con las matemáticas y las ciencias. Una enseñanza que no incluya la fe, pues eso no se enseña, se tiene o no se tiene, se desea o se rechaza.

En febrero de 1908 escribía Miguel de Unamuno refiriéndose a los poetas portugueses:

...hace poco días me decía [Guerra] Junqueiro que la poesía es cristal musical. El cristal, la cristalización de sensaciones, ideas y sentimientos bellos, es la filosofía poética […] Y toda la filosofía portuguesa hay que ir a buscarla en sus poetas. (2)

Antes de desgarrarnos no solo "el corazón con las uñas" y las guerras, pensemos en que la poesía, la filosofía, el amor y la alegría, la *Victoria de Samotracia*, el grupo de *El Laoconte y sus hijos*, *Las hilanderas..., la Torre Eiffel, el arte Gótico*... Alegran la vida, nos ayudan a vivirla, nos comunican sentimientos, pareceres, historia..., hombres y mujeres afanados en la creatividad. Mientras que los rugidos, la velocidad..., nos llevan a un *futuro* incierto, oscuro, práctico a falta de creatividad.

Madrid, diciembre 2021

Notas

1. Citado por Andrés Soria Olmedo en su Prólogo a *Pedro Salinas: La bomba increíble*. Ed.: Viamonte. Madrid, 1997. Pág. 14.
2. M. de Unamuno: "Las sombras de Teixeira de Pascoaes". En P*or tierras de Portugal y de España* Ed.: Agulilar, colección Crisol, Madrid 1965 Pág.: 41

"